

embargo á disipar las neblinas matinales. Entre las vaporosas lontananzas iban destacando con vigor barrios enteros semejantes á promontorios en un mar iluminado por el sol. Acá y acullá, entre el indistinto amontonamiento de las casas, resaltaba un trozo de muro blanco, un jardín se extendía como una mancha negra y todo ello con una potencia de coloración sorprendente. Y el resto, la confusa mezcla de las calles, de las plazas, de islotes sin fin, sembrados en todas direcciones, se mezclaban, se borraban ante la gloria viviente del sol, mientras que altas humaredas blancas, desprendidas de los techos, se elevaban y atravesaban con lentitud la pureza infinita del cielo.

Pero muy pronto, y por secreto instinto, no se interesó Pedro más que por tres puntos de aquel horizonte inmenso. Allá abajo una línea de delgados cipreses que rodeaba como con una negra franja la altura del Palatino, le emocionó; detrás no veía nada más que el vacío, pues los palacios de los Césares habían desaparecido arruinados, derrumbados por el tiempo y los evocó, creyendo verlos aparecer como fantasmas de oro, vagos y temblorosos por entre la púrpura de la espléndida mañana. Después volvieron sus miradas á San Pedro y allí la cúpula estaba aún en pie abrigándose bajo ella el Vaticano, que Pedro sabía estaba á su lado, pegado al costado del coloso. Y lo encontró triunfal, color de cielo, tan sólido y tan vasto, que se le apareció como un rey gigante dominando la ciudad entera viéndose desde todas partes eternamente. Fijó después sus miradas enfrente, en el otro monte, en el Quirinal, en el que el palacio del rey no le pareció más que un cuartel achatado y bajo, embadurnado de amarillo, y toda la historia secular de Roma, con sus continuos tarstornos, sus sucesivas resurrecciones, estaba allí para él, en aquel simbólico triángulo, en aquellas tres colinas que se miraban por cima del Tíber; la Roma antigua desplegándose en un amontonamiento de palacios y de templos, flor monstruosa del poderío y del esplendor imperiales; la Roma papal, victoriosa en la Edad Media, señora del mundo, haciendo pesar sobre la cristiandad esa iglesia colosal de la belleza reconquistada; la Roma actual, la que él desconocía, que había descuidado, cuyo palacio real, tan desnudo, tan frío, le dió una idea muy pobre, la

idea de una tentativa burocrática y enojosa, de un ensayo de modernismo sacrilego en una ciudad, aparte que habría convenido dejar al ensueño del porvenir. Esta sensación casi penosa de un presente importuno, la echó á un lado, no queriendo detener en todo un barrio nuevo, en toda una ciudad abotargada, sin duda en construcción aún, que veía claramente al pie de San Pedro y á orillas del río. Su Roma nueva, la suya, la que él soñó, y con la que soñaba aún, hasta enfrente del Palatino anonado bajo el polvo de los siglos, de la cúpula de San Pedro, cuya gran sombra cobijaba al Vaticano, del palacio del Quirinal retocado y repintado de nuevo, reinando burguesemente sobre los barrios nuevos que se abrían paso por todas partes despanzurrando la antigua ciudad de rojizos techos, resplandeciente á la sazón, bajo el claro sol matinal.

*Nueva Roma*, el título de su libro, empezó á flamear delante de Pedro y con otra meditación revivió su libro después de haber revivido su vida. Lo había escrito con entusiasmo, utilizando las notas amontonadas al azar, y la división en tres partes se impuso en seguida; el pasado, el presente y el porvenir.

El pasado era la extraordinaria historia del cristianismo primitivo, de la lenta evolución que convirtió á ese cristianismo en el catolicismo actual. Demostraba que, bajo toda evolución religiosa, se oculta una cuestión económica, y que, en resúmen, el eterno mal, la lucha eterna, no ha existido jamás más que entre el pobre y el rico. Entre los judíos y cuando poniendo fin á su vida nómada y libre se establecen en Canaá y se crean la propiedad, establece la lucha de clases. Hay ricos y hay pobres y entonces nace la cuestión social. La transición había sido brusca, el nuevo estado de cosas empeoró tan rápidamente, que los pobres, acordándose aún de la edad de oro de la vida nómada, sufrieron y reclamaron con mayor violencia. Hasta Jesús, los profetas no fueron más que rebeldes que surgieron de la miseria del pueblo, que hablaban de sus desdichas y atacaban á los ricos á los cuales profetizaron toda clase de males en castigo de su injusticia y de su dureza. Jesús mismo no es ni más ni menos que el último de ellos y aparece como la divina reclamación viviente del

derecho de los pobres. Los profetas, socialistas y anarquistas, predicaron la igualdad social, reclamando hasta la destrucción del mundo si éste no era justo. El aporta igualmente á los pobres el odio al rico; toda su doctrina es una amenaza contra la riqueza, contra la propiedad y si se entendiese por el Reino de los cielos, que prometía la paz y la fraternidad en esta tierra, no habría en todo ello más que la vuelta á la edad de oro de la vida pastoral, no sería más que el sueño de la comunidad cristiana tal cual aparece haberse realizado después de Jesús por sus discípulos. Durante los primeros siglos, cada iglesia ha sido un ensayo de comunismo, una verdadera asociación cuyos miembros lo poseían todo en común, fuera de la mujer y de la familia. Los Apologistas y los primeros Padres de la Iglesia dan fe de esto. El cristianismo en esa época no era más que la religión de los humildes, de los míseros y de los pobres, una democracia, un socialismo en lucha contra la sociedad romana. Y cuando ésta se derrumbó por el dinero, sucumbió bajo el agio, los negocios ilícitos y los desastres financieros más bien aún que al empuje de la invasión de los bárbaros ó minada por el sordo trabajo de termitas de los cristianos. La cuestión de dinero está siempre en la base. Así se tiene de ello una nueva prueba cuando el cristianismo triunfante al fin, gracias á las condiciones históricas, sociales y humanas, fué declarado religión del Estado. Para asegurar su victoria tuvo necesariamente que tratar con los ricos y con los poderosos, y es preciso ver por medio de qué sutilezas y de qué sofismas los padres de la Iglesia logran descubrir la defensa de la propiedad en el Evangelio de Jesús. En esto había para el cristianismo una necesidad política de vida y sólo á ese precio convirtiéndose en el catolicismo, en la región universal. Desde entonces erigióse la potente máquina, arma de conquista y de gobierno; arriba los ricos, los poderosos, que tienen el deber de partir con los pobres, pero que no hacen nada; abajo, los pobres, los trabajadores, á los que se enseña á resignarse y á obedecer, reservándoles el reino futuro, la compensación divina y eterna. Admirable monumento que ha durado muchos siglos, en el que todo está construído, basado en esa promesa de un más allá, sobre esa inextinguible sed de inmortalidad y de justicia que consume al hombre.

Esa primera parte de su libro, esa historia del pasado, habíaia completado Pedro con un estudio á grandes rasgos del catolicismo hasta nuestros días. Al principio tratábase de San Pedro ignorante, inquieto, presentándose en Roma por un impulso de genio, yendo á realizar los oráculos antiguos que predijeran la eternidad del Capitolio. Después los primeros papas, sencillos jefes de asociaciones funerarias; más tarde el lento advenimiento del papa todopoderoso, en perpetua lucha de conquista en el mundo entero y forcejeando sin descanso para satisfacer su ensueño de dominación universal. En la edad media, con los grandes papas, creyó la Iglesia por un instante conseguir su fin, ser la dueña soberana de los pueblos, ¿no sería la verdad absoluta ese papa-pontífice y rey de la tierra que reinase sobre las almas y los cuerpos de todos los hombres como el mismo Dios, de quien es el representante? Esa ambición total y desmesurada, pero de una lógica perfecta, fué conseguida por Augusto, pontífice y emperador, amo del mundo y, renaciendo siempre de entre las ruinas de la Roma antigua, es la figura gloriosa de Augusto la que hechizó á los papas; fué la sangre de Augusto la que latió en sus venas. Pero el poder se dividió con el hundimiento del imperio romano. Era necesario partir, dejar al emperador el poder y gobierno temporal y no conservar sobre él más potestad que la de consagrarle por delegación divina.

El pueblo era de Dios y el papa entregaba el pueblo al emperador en nombre de Dios y podía hasta quitárselo, poder sin límite del que el arma más terrible fué la excomunión, soberanía superior que caminaba al pasado, á la posesión real y definitiva del imperio. En resumen: entre el papa y el emperador, la querella eterna era el pueblo, que ambos se disputaban, la masa inerte de los humildes y de los que sufren, el gran mudo del que sólo sordos gemidos revelaban á las veces la incurable miseria. Se disponía del pueblo como de un niño para su bien y la Iglesia ayudaba verdaderamente á la civilización, prestaba servicios á la humanidad y repartía abundantes limosnas. Siempre, sin embargo, volvía á aparecer el sueño antiguo de la comunidad cristiana, á lo menos en los conventos; un tercio de las riquezas recogidas para el culto, otro ter-

cio para el clero y el otro tercio restante para los pobres. ¿No era esto la vida simplificada, la existencia hecha fácil á los fieles que no tenían deseos terrestres y esperaban las inauditas satisfacciones del cielo? ¡Dadnos la tierra entera y haremos tres partes de los bienes de aquí abajo y ya veréis que edad de oro reinará, en medio de la resignación y obediencia de todos!

Pedro mostraba en seguida al papado asaltado por grandes peligros al salir de todo su poderío de la Edad Media. Estuvo en poco que el Renacimiento no lo arrastrase con su lujo y su desbordamiento, en el hervir de la savia viviente, manada de la eterna naturaleza, despreciada y considerada como muerta durante muchos siglos. Más amenazadores aún eran los sordos despertamientos del pueblo, de ese gran mudo cuya lengua parecía que quería empezar á soltarse. Estalló la Reforma como una protesta de la razón y de la justicia, como un llamamiento hacia las verdades desconocidas del Evangelio y fué preciso, para que Roma se salvase de su total desaparición, la ruda cruenta defensa de la Inquisición y la lenta y obstinada labor del Concilio de Trento, que afirmó el dogma y aseguró el poder temporal. Entonces fué cuando se verificó la entrada del papado en dos siglos de paz y de olvido, porque las sólidas monarquías absolutas que se habían repartido la Europa, podían pasarse sin él y no temblaban ya ante los rayos de la excomunión, que habían perdido toda su fuerza, ni consideraban al papa más que como á un maestro de ceremonias, encargado de ciertos ritos. En la posesión del pueblo habíase producido un desequilibrio; si los reyes tenían el pueblo por Dios, el papa era el que debía registrar la donación de una vez por todas, así sin tener que intervenir para nada, fuese la ocasión que quisiese, en el gobierno de los estados. Nunca ha estado Roma más lejos de realizar su sueño de dominación universal. Y cuando estalló la Revolución francesa pudo creerse que la declaración de los derechos del hombre iban á acabar con el papado, depositario del derecho divino que Dios le había delegado sobre las naciones. De aquí, aquella inquietud primera, aquella cólera, aquella defensa desesperada del Vaticano contra la idea de libertad, contra ese nuevo credo de la razón libertada y de la humanidad que entraba en

posesión de sí misma. Era como el desenlace aparente de la prolongada lucha por la posesión del pueblo entre el emperador y el papa; el emperador desaparecía y el pueblo, en adelante libre para disponer de sus destinos, pretendía escapársele al papa, solución imprevista ante la cual parecía que debería derrumbarse todo el antiguo andamiaje del catolicismo.

Pedro terminaba aquí la primera parte de su libro con un llamamiento al cristianismo primitivo enfrente del catolicismo actual, que es el triunfo de los ricos y de los poderosos. Esa sociedad romana que Jesús vino á destruir en nombre de los pobres y de los humildes ¿no la restauró la Roma católica á través de los siglos con su obra polfílica de dinero y de orgullo? ¡Y qué triste ironía cuando se afirmaba que después de mil ochocientos años de Evangelio el mundo se encenagaba de nuevo en el agio, en los negocios ilícitos, en los desastres financieros, en esa horrenda injusticia que permite que haya hombres repletos de riquezas entre los millares y millares de hermanos suyos que perecen de hambre! Todo lo que se refería á la salvación de los míseros, de los desdichados, había que comenzarlo de nuevo. Pero estas cosas tan terribles decíalas Pedro en páginas tan dulcificadas por la caridad, tan impregnadas de esperanza, que habían perdido por completo su peligro revolucionario. Además de esto, en su libro, en ninguna parte se atacaba el dogma. Su libro no era más que el grito de un apóstol, con su forma sentimental de poema, en el que ardía el único amor del prójimo.

Venía en seguida la segunda parte de la obra; el presente, el estudio de la sociedad católica actual. En esa parte había hecho Pedro una pintura horrible de la miseria de los pobres, de esa miseria de las grandes ciudades que tan á fondo conocía, de la que él sangraba aún por haber tocado aquellas llagas emponzoñadas. La injusticia no se podía tolerar, la caridad era impotente y tan espantoso el sufrimiento que toda esperanza moría en el corazón del pueblo. Lo que había contribuido á matar la fe en él ¿no era el espectáculo monstruoso de la cristiandad cuyas abominaciones le corrompían enloqueciéndole de rencor y de venganza? Y en seguida, después de ese cua-

dro de una civilización corrompida y en camino de desaparecer, reanudaba la historia en la Revolución francesa, en la inmensa esperanza que la idea de libertad había aportado al mundo. Al llegar al poder de la burguesía, el gran partido liberal se encargó en fin de hacer la dicha de todos. Pero lo peor de todo es que decididamente la libertad, después de un siglo de experiencia, no parece haber proporcionado á los desheredados más felicidad. La desilusión empieza en el dominio político. En todo caso, si el tercer estado se declara satisfecho, desde que reina, el cuarto estado, los trabajadores, siguen sufriendo siempre y continúan reclamando su parte. Se les proclamó libres, se les concedieron los derechos y la igualdad política y esos no son para ellos más que dones ilusorios porque sólo tienen, antes como ahora bajo su esclavitud económica, el derecho de morir de hambre. De ahí han nacido todas las reivindicaciones socialistas y el problema aterrador, que parece va á concluir con la sociedad actual, quedó planteado desde luego entre el trabajo y el capital. Cuando la esclavitud desapareció del mundo antiguo para ceder su puesto al salario, la revolución fué inmensa y en verdad que fué la idea cristiana uno de los factores más poderosos que contribuyeron á la desaparición de la esclavitud. Hoy, que se trata de reemplazar el salario por otra cosa, tal vez por la participación del obrero en los beneficios ¿por qué el cristianismo no ha de intentar alguna nueva acción? Ese advenimiento próximo y fatal de la democracia es otra fase de la historia humana que se abre; es la sociedad de mañana que se crea. Y Roma no podía permanecer indiferente, el papado iba á tener que tomar parte en la querrela si no quería desaparecer del mundo como un engranaje completamente inútil.

De ahí la legitimidad del socialismo católico. Cuando por todas partes surgen sectas socialistas disputándose la felicidad del pueblo con soluciones á porrillo, la Iglesia debía presentar la suya. Y era en esto en donde aparecía la Roma nueva y la evolución se extendería con una renovación ilimitada de esperanza. Era cierto que la Iglesia católica no tenía nada en sus principios contrario á una democracia; es más, no tenía que hacer más que recobrar la tradición evangélica, volver á ser la Iglesia de los po-

bres y de los humildes y restablecer la universal comunidad cristiana. Es de esencia democrática y si se puso á bien con los ricos y los poderosos cuando el cristianismo se convirtió en el catolicismo, no hizo más que obedecer á la necesidad de defenderse para vivir sacrificando su primitiva pureza; de manera, que si hoy abandonase á las clases directoras condenadas, para volver al pueblo, á la masa de los míseros, no haría sencillamente más que acercarse otra vez á Cristo, se rejuvenecería y purificaría de los compromisos políticos que haya podido contraer. En todas las épocas la Iglesia, sin renunciar en nada á su absoluto, supo plegarse ante las circunstancias; se reserva su soberanía total, tolera sencillamente lo que no puede impedir, espera con paciencia durante muchos siglos á que llegue el minuto en que pueda ser señora, dueña del mundo. Y en esa ocasión ¿no iba á sonar el minuto en la crisis que se preparaba? De nuevo todos los poderes se disputan la posesión del pueblo. Desde que la instrucción y la libertad hicieron de él una fuerza, un sér con conciencia y con voluntad que reclama su parte, todos los gobernantes quieren guardarle, reinar para él y con él, si es necesario. El socialismo, he ahí el porvenir, el nuevo instrumento de reinar y todos se hacen socialistas, los reyes que se tambalean en sus tronos, los jefes burgueses de inquietas repúblicas y los mangoneadores políticos y ambiciosos que sueñan con el poder. Todos están de acuerdo en que el Estado capitalista es un retroceso al mundo pagano, al mercado de esclavos, todos hablan de romper la atroz férrea ley: el trabajo convertido en una mercancía sometida á las leyes de la oferta y la demanda, el salario calculado en lo que estrictamente necesita el trabajador para no morir de hambre. Abajo, los males aumentan, los trabajadores agonizan de hambre y de desesperación mientras que por cima de sus cabezas crúzase continuas discusiones, agótanse las buenas voluntades intentando irrisorios remedios. Es el pataleo, el loco azoramiento de las grandes catástrofes próximas. Entre los otros el socialismo católico, tan ardiente como el revolucionario, se presenta en batalla y trata de vencer.

A esto seguía un estudio de los prolongados esfuerzos del socialismo católico en la cristiandad entera. Lo que

llamaba la atención era que la lucha se basaba haciendo más viva y victoriosa desde que se libraba en un terreno de propaganda, no conquistando aún al cristianismo. Por ejemplo; en las naciones en que éste se encontraba cara á cara del protestantismo, los curas luchaban por la vida con una pasión extraordinaria, disputando á los pastores la posesión del pueblo con golpes atrevidísimos, exponiendo teorías audazmente democráticas. En Alemania, la tierra clásica del socialismo, el primero que habló de cargar á los ricos de tributos é impuestos, fué monseñor Ketteler, y él fué también el que creó más tarde una vasta agitación, dirigida hoy por el clero, gracias á numerosos periódicos y asociaciones. En Suiza, monseñor Mermillod, pleiteó con tanto valor por la causa de los pobres, que los obispos ahora hacen causa común con los socialistas demócratas, á los que sin duda, esperan convertir el día de la repartición. En Inglaterra, donde el socialismo penetra con tanta dificultad, consiguió el cardenal Manning grandes victorias y tomó la defensa de los trabajadores en una huelga famosa, produciendo un movimiento popular señalado por frecuentes conversiones. Pero sobre todo fué en América, en los Estados Unidos, en donde triunfó el socialismo católico en medio de aquella atmósfera saturada de democracia que obligó á obispos, tales como monseñor Ireland, á ponerse á la cabeza de las reivindicaciones obreras; parece que hay allí en germen toda una Iglesia nueva, confusa aun, pero desbordante de savia, sostenida por una esperanza inmensa, como la aurora del cristianismo rejuvenecido de mañana. Y si se pasa en seguida á Austria y Bélgica, naciones católicas, se ve que en la primera el socialismo católico se confunde con el antisemitismo y que en la segunda no tiene ningún sentido determinado, mientras que todo movimiento se detiene, y hasta desaparece, cuando se llega á España é Italia, á esas viejas tierras de la fe. España entregada á las violencias de los revolucionarios y con sus testarudos obispos que se entretienen en fulminar anatemas contra los incrédulos, como lo hacían en tiempos de la Inquisición, en tanto que Italia se halla inmovilizada en la tradición, sin iniciativa posible, reducida al silencio y al respeto alrededor de la Santa Sede. En Francia, sin embargo, la

lucha era más viva, pero sobre todo es lucha de ideas. La batalla se daba contra la Revolución y parecía que habría bastado el restablecimiento de la antigua organización de los tiempos monárquicos para volver á la edad de oro. De esta manera la cuestión de las corporaciones obreras llegó á ser el único negocio, algo como la panacea para todos los males de los trabajadores. Pero estaban muy lejos de entenderse; los unos, los católicos, que rechazaban la ingerencia del Estado, que preconizaban una acción puramente moral, querían que esas corporaciones fuesen libres; mientras que los otros, los jóvenes, los impacientes, reueltos á la acción, deseaban que fuesen obligatorias, con capital propio, reconocidas y amparadas por el Estado. El vizconde Filiberto de la Choue, particularmente, sostuvo una ardiente campaña, valiéndose de la palabra y de la pluma en favor de esas corporaciones obligatorias, y su pena mayor consistía en no haber podido decidir aún al Papa á pronunciarse de una manera definitiva sobre el caso de saber si las corporaciones debían ser libres ó cerradas. A creerle, la suerte de la sociedad estaba allí lo mismo que la solución pacífica de la cuestión social en la que una tremenda catástrofe debía arrastrarlo todo. En el fondo, por más que no quisiese confesarlo, el vizconde había ido á parar al socialismo del Estado. Y sin embargo de esa falta de acuerdo, la agitación continuada siendo grande, habíanse hecho tentativas poco afortunadas, como sociedades cooperativas de consumo, sociedades para la construcción de casas para obreros, Bancos populares, retrocesos más ó menos disfrazados á lo que eran las antiguas comunidades cristianas. Esto muestra que, de día en día, en medio de la confusión de la hora presente, entre la turbación de las almas y de las dificultades políticas porque atraviesa el país, al partido católico militante parecía que sus esperanzas agrandaban hasta llegar á la ciega certidumbre de reconquistar muy pronto el gobierno del mundo.

La segunda parte del libro terminaba precisamente con un cuadro del malestar intelectual y moral en que se agita este fin de siglo. Si la masa de los trabajadores sufre por verse mal recompensada y exige una nueva partición en la que al menos se le asegure el pan diario, parece que

la clase escogida no está mucho más satisfecha quejándose del vacío en que la dejan su razón libertada, su inteligencia agrandada. Es la famosa bancarrota del racionalismo, del positivismo y hasta de la misma ciencia. Los espíritus, á los que consume la necesidad de lo absoluto, cánsanse de andar vacilando y á tientas, de las lentitudes de esa ciencia que sólo admite verdades probadas, háse apoderado de ellos la angustia del misero; necesitan una síntesis total é inmediata para poder dormir en paz y, quebrantados, rendidos, caen de rodillas en el camino trastornándoles el pensamiento de que jamás lo sabrán todo, prefiriendo á Dios, á lo Desconocido revelado, afirmado en un acto de fe. Hoy, en efecto, la ciencia no calma ni nuestra sed de justicia, ni nuestro deseo de seguridad, ni la idea secular que teníamos formada de la dicha en la otra vida en una eternidad de goces. No hace la ciencia más que delectar el mundo y no da á cada uno más que la solidaridad austera del deber de vivir, de ser un simple factor del trabajo universal y esto trae, como se comprende, la rebelión de los corazones, el sentimiento de la pérdida de ese cielo cristiano poblado por hermosos ángeles, lleno de luz, de músicas y de perfumes. ¡Ah! ¡Qué consuelo más grande al besar sus muertos, decirse que se los volverá á encontrar y que se revivirá con ellos en gloriosa inmortalidad! ¡Es el tener también esa certidumbre de la existencia de una soberana equidad para soportar con resignación las abominaciones de la existencia terrestre! ¡Y matar así el horrible pensamiento del vacío eterno, escapar al horror de la desaparición del yo y tranquilizarse, en fin, con la inquebrantable creencia que remite al día siguiente de la muerte la solución venturosa de todos los problemas del destino! Ese ensueño lo acariciarán aún los pueblos durante mucho tiempo. Esto es lo que explica cómo, en este fin de siglo, á consecuencia del exceso de labor de los espíritus, á consecuencia igualmente de la profunda turbación que domina á la humanidad preñada con una nueva sociedad, se ha despertado el sentimiento religioso, inquieto, atormentado por una necesidad de ideal y de infinito, exigiendo una ley moral y la seguridad de la existencia de una justicia superior. Las religiones pueden desaparecer, pero el sentimiento creará otras nue-

vas, aun con la ciencia ¡una religión nueva! ¡Una religión nueva! ¿y no era el antiguo catolicismo que, en esa tierra contemporánea en donde parecía favorecer ese milagro, iba á renacer, surgiendo nuevas ramas verdes para desarrollarse en una juvenil é inmensa florecencia?

Por último, en la tercera parte de su libro, había dicho Pedro con frases inflamadas y entusiásticas de apóstol, lo que iba á ser el porvenir, ese catolicismo rejuvenecido que había de llevar á las naciones agonizantes la salud y la paz, la olvidada edad de oro del cristianismo. Y desde luego, empezaba con un retrato enternecedor y glorioso de León XIII, el papa ideal, el predestinado para la salvación de los pueblos. Lo había evocado y visto también con su ardiente afán de la venida de un pastor que pusiese fin á la miseria. No era un retrato de mezquina semejanza sino el del salvador necesario, de inagotable caridad, de corazón é inteligencia grandes, tales cuales él los soñaba. No obstante había estudiado mucho, examinando documentos y encíclicas, y basado la figura sobre los hechos la educación religiosa en Roma, la corta nunciatura en Bruselas y el largo episcopado en Perusa. Desde que León XIII es papa, en la difícil situación legada por Pío IX, se revela la dualidad de su naturaleza, al guardián inquebrantable del dogma, y al político sagaz resuelto á llevar la conciliación todo lo lejos que pueda. De una manera clara rompe con la filosofía moderna, y se remonta por cima del Renacimiento á la Edad Media y restaura en las escuelas católicas la filosofía cristiana según el espíritu de Santo Tomás de Aquino, el angélico Doctor. Puesto el dogma al abrigo de esta manera, vive de equilibrio, dando prendas á todos los poderes y se esfuerza en utilizar todas las ocasiones. Se le ve, dando pruebas de una actividad extraordinaria, reconciliar á la Santa Sede con Alemania, aproximarse á Rusia, contentar á Suiza, desear la amistad de Inglaterra, y escribir al emperador de la China para pedirle que proteja á los misioneros y á los cristianos de su imperio. Más adelante intervendrá en Francia y reconocerá la legitimidad de la República. Desde el principio se desprende un pensamiento; pensamiento que hará de él uno de los grandes papas políticos y ese es, por otra parte, el pensamiento secular del papado, la

conquista de todas las almas. Roma, centro y señora del mundo. No hay más que una voluntad, que un fin, el de tarbajar para la unidad de la Iglesia, atraer á ésta á las comunidades disidentes para hacerla invencible en la lucha social que se prepara. En Rusia intenta hacer reconocer la autoridad moral del Vaticano; en Inglaterra sueña con desarmar á la Iglesia Anglicana y atraerla á una especie de tregua fraternal; pero en Oriente es en donde sobre todo aspira á un acuerdo con las Iglesias cismáticas, á las que ama sencillamente como á hermanas separadas, á las que su corazón de padre ruega vuelvan á su lado; ¿de qué fuerza no dispondría Roma victoriosa el día en que, sin contradicción, reinase sobre todos los cristianos de la tierra entera?

Y es en esto en donde aparece la idea social de León XIII que, siendo aún obispo de Perusa, escribió una carta pastoral en la que se revelaba un vago y humanitario socialismo. Más tarde, cuando se puso la tiara, cambió de opinión y fulminó censuras contra los revolucionarios cuyas audacias aterraban por entonces á Italia. Empero, inmediatamente cambia de dirección advertido por los hechos y comprendiendo el peligro mortal que hay al dejar el socialismo en manos de los enemigos del catolicismo. Oye lo que le dicen los obispos populares de los países de propaganda, cesa en su intervención en la querrela irlandesa, retira la excomunión que había fulminado contra los Caballeros del Trabajo de los Estados Unidos, y prohíbe que se pongan en el *Indice* los libros un tanto atrevidos de los escritores católicos socialistas. Esta evolución hacia la democracia se ve en sus encíclicas más famosas; en *Inmortale Dei*, acerca de la constitución de los Estados, *Libertas*, sobre la libertad humana, *Sapientia*, sobre los deberes de los ciudadanos cristianos: *Rerum Novarum*, que trata de la situación de los trabajadores y en esta es en la que más especialmente dijérase que se rejuvenece la Iglesia. El papa se ocupa en ella de la inmerecida miseria de los trabajadores, de las horas de trabajo demasiado prolongadas y de lo insuficiente del jornal. Todo hombre tiene derecho á vivir y el contrato arrancado por el hambre es injusto. Declara además que no puede abandonar al obrero sin defensa á una explotación que transforma para algunos po-

cos en fortuna la miseria de los demás. Obligado á tratar con vaguedad las cuestiones de organización, limitase á alentar el movimiento corporativo que coloca bajo el patronato del Estado y, después de restaurar de ese modo la autoridad civil, coloca á Dios en su sitio soberano y opina que la salvación se halla en la aplicación de remedios morales, en el antiguo respeto debido á la propiedad y á la familia. Pero esa mano cariñosa del augusto Vicario de Cristo, tendida públicamente á los humildes y á los pobres ¿no era el signo cierto de una nueva alianza, el anuncio de un nuevo reinado de Jesús sobre la tierra? En adelante sabría el pueblo que no estaba abandonado. Y desde entonces, qué gloria más grande la alcanzada por León XIII, cuyo jubileo sacerdotal y jubileo episcopal se celebraron por la cristiandad entera, entre el concurso de una multitud inmensa, de regalos sinnúmero y de halagüeñas cartas enviadas por todos los soberanos!

Trató en seguida Pedro la cuestión del poder temporal, lo que creyó que podía hacer con entera libertad. Sin duda no ignoraba que en su lucha con Italia, el papa sostenía con tanta obstinación como en el primer momento, sus derechos sobre Roma; pero imaginó que en eso había una sencilla actitud necesaria, impuesta por razones políticas y que desaparecería cuando sonase la hora. Pedro estaba convencido de que si el papa no se había presentado nunca á tanta altura como á la sazón, lo debía, á la pérdida del poder temporal, á la que debía también ese gran aumento de su autoridad moral, ese puro esplendor que le rodeaba como una aureola. ¡Qué historia más larga y más llena de faltas y de conflictos la de la posesión durante quince siglos de ese pequeño reino de Roma! En el siglo cuarto, Constantino se marcha de Roma, no dejando en el vacío Palatino más que algunos funcionarios olvidados y el papa se apodera, naturalmente, del poder, y la vida de la ciudad pasa á Letran. Hasta pasados cuatro siglos no reconoció Carlo Magno los hechos consumados, cediendo de una manera formal al papa, los Estados de la Iglesia. Desde entonces no ha cesado la guerra entre el poder espiritual y los poderes temporales, con frecuencia latente, muchas veces aguda, entre sangre y llamas. ¿No sería hoy poco razonable soñar que en medio de Europa

reñase el papa sobre un girón de territorio, en el que estaría expuesto á todos los vejámenes y en el que no se podría sostener sin el amparo de un ejército extranjero? ¡Qué sería del papado en la matanza general que se teme! ¡Y cuanto más resguardado no está, más elevado y más digno no es, cuando se desprende de todo cuidado terrestre y reinando nada más sobre las almas! En los primeros tiempos de la Iglesia el papado de un carácter local, puramente romano, se fué catolizando, es decir, haciéndose universal, conquistando su imperio sobre la cristiandad entera. Del mismo modo el sacro colegio, continuación en un principio del antiguo senado romano, se universalizó también en seguida y hoy, en nuestros días, es la más universal de todas las asambleas, en la que toman asiento miembros de todas las naciones. ¿Y no era evidente que el papa, apoyado de esa manera en los cardenales, se halla convertido en la única y más grande autoridad internacional, tanto más poderosa, cuanto está libre de los intereses monárquicos y habla en nombre de la humanidad y hasta por cima de la noción misma de la patria? La solución tan buscada en medio de guerras tan prolongadas, indudablemente es esa: ó dar la soberanía temporal del mundo al papa, ó no dejarle más que la soberanía espiritual. Representante de Dios, soberano absoluto é infalible por delegación divina, no puede permanecer más que en el santuario, si ya dueño de las almas, no es reconocido por todos los pueblos como único dueño de los cuerpos, rey de reyes.

¡Pero qué extraña aventura es ese nuevo empuje del papado en el campo sembrado por la Revolución francesa y que le encamina tal vez hacia la dominación, cuyo deseo le sostiene en pie desde hace tantos siglos! Porque vedle solo delante del pueblo; los reyes están abatidos, y puesto el pueblo es libre para entregarse en adelante á quien bien le parezca ¿por qué no se ha de entregar á él? El menoscabo que sufre la idea de libertad permite muchas veces esperanzas y en el terreno económico parece que el partido liberal está vencido. Los trabajadores, descontentos del año ochenta y nueve, se quejan de lo que se agrava su miseria y se agitan buscando la felicidad de una manera desesperada. Por otra parte, los nuevos regímenes

han acrecentado el poderío internacional de la Iglesia y los miembros católicos figuran en número bastante en los parlamentos de las repúblicas y de las monarquías constitucionales. Todas las circunstancias parecían pues favorecer esa fortuna extraordinaria del catolicismo envejecido y acometido del vigor de la juventud. Hasta la ciencia, á la que acusan de bancarrota, lo que salva del ridículo al *Syllabus*, turba la inteligencia y reabre el campo ilimitado del misterio y de lo imposible. Y entonces es cuando se recuerda una profecía que en tiempos fué hecha; el papado dueño de la tierra el día en que marchase á la cabeza de la democracia después de haber reunido á la Iglesia católica, apostólica y romana, las iglesias cismáticas de Oriente. Los tiempos habían llegado, puesto que el papa dado el adiós á los ricos y á los poderosos del mundo, dejando á los reyes desposeídos de sus tronos en el destierro, se ponía como Jesús á la cabeza de los trabajadores sin pan y de los mendigos de las calles. Tal vez pasarían aún algunos años de horrible miseria, de inquietante confusión, de peligro tremendo social y el pueblo, ese gran mudo del que se ha dispuesto hasta aquí como juguete, hablará, volverá á la cuna, á la Iglesia unificada de Roma para evitar la amenazadora destrucción de las sociedades humanas.

Y Pedro terminaba su libro con una apasionada evocación de la nueva Roma, de la Roma espiritual que había de reinar muy pronto sobre los pueblos reconciliados y fraternizando como una edad de oro. Vea también el fin de las supersticiones; se había olvidado, sin ningún ataque directo religioso más amplio, libre de ritos y consagrado á la única satisfacción de la caridad humana; y herido aún por su viaje á Lourdes, había cedido á la necesidad de contentar su corazón. Aquella superstición de Lourdes, tan grosera, ¿no sería un síntoma execrable de una época en que los sufrimientos son excesivos? El día en que el Evangelio estuviese universalmente extendido y se practicase por todos, los que sufren dejarían de ir á buscar tan lejos y en tan trágicas condiciones un alivio ilusorio, porque estarían seguros de encontrar asistencia, de ser consolados y curados en sus casas y entre sus hermanos. En Lourdes había una mala colocación de la for-



tuna infusa, un espectáculo horrendo que hacía dudar de Dios, una interminable causa de combate que debía desaparecer en la sociedad verdaderamente cristiana de mañana. ¡Ah! era el deseo ardiente de la venida próxima de esa sociedad, de esa comunidad cristiana á la que toda la obra tendía! ¡Al cristianismo, volviendo á ser la religión de justicia y de verdad que había sido antes de dejarse conquistar por los ricos y los poderosos! ¡Los pobres, los pequeños, los míseros, reinando y repartiéndose los bienes de aquí abajo y no obedeciendo más que á la ley igualitaria del trabajo! El papa solo á la cabeza de la federación de los pueblos, soberano de paz y no teniendo más misión que la de ser la regla moral, el lazo de caridad y de amor que uniese á todos los seres! ¿No era esta la realización próxima de las promesas de Cristo? Los tiempos se iban á cumplir, la sociedad religiosa y la sociedad civil se penetrarían tan perfectamente que no harían más que una y esa sería la edad de triunfo y de felicidad precedida por todos los profetas, nada de luchas posibles, nada de antagonismos entre el cuerpo y el alma, un maravilloso equilibrio que mataría el mal, que pondría en la tierra el reino de Dios. ¡La nueva Roma, centro del mundo, dándole á éste la nueva religión!

Sintió Pedro que las lágrimas empañaban sus ojos y con un gesto inconsciente, sin apercibirse de que con él asombraba á los delgados ingleses y á los obesos alemanes, que desfilaban por la terraza, abrió los brazos y los tendió hacia la Roma real que, iluminada por un sol espléndido se extendía á sus pies ¿se mostraría cariñosa con su ensueño? ¿Iba, conforme había dicho, á encontrar en ella remedio á nuestras impaciencias y á nuestras inquietudes? ¿Podía renovarse el catolicismo, volver al espíritu del cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno, trastornado y en peligro de muerte, espera para tranquilizarse y vivir? Estaba lleno Pedro de pasión generosa, de fe ardiente. Figurábase ver al buen abate Rose llorando de emoción al leer su libro; oía al vizconde Filiberto de la Choue decirle que semejante libro valía más que un ejército y sobre todo sentíase fuerte con la aprobación del cardenal Bergerot, de ese apóstol de inagotable caridad; ¿por qué pues la Congrega-

ción del Indice amenazaba á su obra con el entredicho? Desde hacía quince días y desde que oficiosamente le habían indicado que fuese á Roma, si era que deseaba defenderse, se hacía esa pregunta sin acertar á descubrir qué páginas de su obra podían ser las señaladas, pues todas le parecían inspiradas por el más puro y ferviente cristianismo.

Pero llegaba allí estremeciéndose de entusiasmo y de valor, y se le hacía tarde para postrarse de rodillas ante el papa, para ponerse bajo su augusta protección y decirle que no había escrito una sola línea sin inspirarse en su espíritu, sin desear el triunfo de su política. ¿Era posible que condenasen un libro en el que, con gran sinceridad, creía haber exaltado á León XIII ayudándole en su obra de la unidad cristiana y de la paz universal?

Permaneció aún Pedro durante unos instantes apoyado en el parapeto. Hacía cerca de una hora que estaba allí no consiguiendo saciar su vista con la grandeza de Roma, que habría querido poseer en seguida con lo desconocido que le ocultaba. ¡Oh! ¡Apoderarse de ella, conocerla, saber en el mismo instante la palabra verdad que iba á pedirla! Esta era, después de la de Lourdes, otra experiencia y mucho más grave y decisiva de la que comprendió que saldría salvado ó perdido para siempre. No pedía la fe ingenua y completa de niño, sino la fe superior del intelectual, que se eleva por cima de los ritos y de los símbolos trabajando para la mayor felicidad de la humanidad, basado en su necesidad de certidumbres. Su corazón latió, lo mismo que sus sienas ¿cuál sería la respuesta de Roma? El sol estaba cada vez más dorado; los barrios altos se destacaban con más vigor sobre los fondos incendiados. En lontananza dorábanse las colinas, volviéndose de color de púrpura, mientras que las fachadas más próximas se precisaban con mucha claridad con sus millares de ventanas claramente recortadas. Flotaban aún, sin embargo, vapores matinales y ligeros velos que parecían subir de las calles bajas, cubriendo las cimas en donde se desvanecían en el cielo ardiente, de un azul sin fin. Creyó por un momento que el Palatino se había borrado del cuadro y apenas veía la sombría faja de cipreses cual si el polvo mismo de sus ruinas la ocultase. Y sobre todo

ba desaparecido; el palacio parecía haberse ocultado tras una niebla, con su fachada poco importante, achatada y baja, y tan vago á lo lejos que no le distinguía, mientras que hacía la izquierda, y por encima de las frondosas copas de los árboles, la cúpula de San Pedro se había agrandado entre la límpida atmósfera y el oro claro del sol, ocupando todo el cielo y dominando por completo la ciudad.

¡Ah! ¡La Roma de ese primer encuentro, la Roma matinal de la que, ardiendo con la fiebre de la llegada, ni siquiera se había fijado en los barrios nuevos, cuántas esperanzas no le hacía concebir esa Roma que creía encontrar viva y tal cual él la soñara! Y en un día tan hermoso, mientras que, en pie y envuelto en su modesta sotana negra, la contemplaba así, se figuró que subía de los techos de esa tierra sagrada, dos veces reina del mundo, una promesa de paz universal! Esta era la nueva Roma, la tercera Roma cuya paternal ternura pasaría por cima de las fronteras, buscaría á todos los pueblos para reunirlos consolados en un común abrazo. La veía, la oía tan rejuvenecida, tan dulce de infancia bajo el grande y puro cielo, como volando con la frescura de la mañana, en el candor apasionado de su ensueño.

Pedro se separó al cabo de la contemplación de tan sublime espectáculo. Con la cabeza baja y al sol, no se habían movido ni el cochero ni el caballo. En la banqueta estaba abrasando la maletita de mano, calentada por el astro del día cada vez más elevado.

Subió al coche, repitiendo otra vez las señas:

—Vía Julia, palacio Boccanera.

## II

À esa hora, la vía Julia, que se extiende en línea recta cosa de unos quinientos metros desde el palacio Farnesio á la iglesia de San Juan de los Florentinos, estaba iluminada por la clara luz de un sol resplandeciente que la enfilaba de un extremo á otro, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo sin aceras. El carruaje la recorrió casi por completo en antiguas y grisientas viviendas que la bordeaban, como adormecidas y vacías, con sus grandes ventanas resguardadas por férreas enormes rejas, con profundos pórticos que permitían ver sombríos patios, semejantes á pozos. Abierta por el papa Julio II, que soñó adornarla con magníficos palacios, fué la vía más regular y hermosa de Roma en aquella época y sirvió de corso en el siglo XVI. Se comprendía que allí había existido un antiguo y hermoso barrio condenado al silencio, al desierto del abandono é invadido por una especie de dulzura y discreción clericales. Sucedianse unas á otras las antiguas fachadas, las ventanas cerradas, algunas verjas adornadas con plantas trepadoras, los gatos sentados en las puertas, las tiendas oscuras de un comercio humilde, instalado en los bajos, mientras que los transeuntes eran contados,